

José Antonio Sánchez G.

**RELATOS
EN EL CAMINO**



Isla de Margarita / 1977

RELATOS

EN EL CAMINO

José Antonio Sánchez G.

Isla de Margarita/1977

Me detengo EN EL CAMINO a recopilar ESTOS RELATOS: Tienen ellos la particularidad de haber significado algo para mí. JUAN NICOLÁ, me dio un galardón el año 1948, cuando estudiaba segundo año de Normal. EL VIGÍA, MANDINGUEROS Y TEJEDORES, y LA TIERRUCA fueron publicados en la Revista “Surcos” de Maturín en 1953. LA OTRA ORILLA acaba de ser Premio Vicente Fuentes de la Casa de la Cultura en La Asunción, gracias a la bondad de Mario Ruiz, que me sirvió de pseudónimo. Los otros que he incorporado se han hecho merecedores de mi cariño para hacer compañía a los ya mencionados.

Hay diferencias de época, motivos e inquietudes.

J.A.S.G.

Diciembre de 1976.

ÍNDICE

	Palabras para conversar con Toño Sánchez
5	en el camino/Efraín Subero
10	Juan Nicolás
17	El Vigía
	Mandingueros y Tejedores
22	
27	La Tierruca
31	El encanto
36	Un relato de Navidad
40	La otra orilla

**PALABRAS
PARA CONVERSAR
CON TOÑO SÁNCHEZ
EN EL CAMINO**

Efraín Subero

José Antonio Sánchez Guerra es, para el pequeño mundo afectuoso de Pampatar, Toño Sánchez.

Recientemente estuvo en el recuerdo, más fuerte que otras veces, porque la Escuela “José Joaquín de Olmedo” cumplió 40 años, y él egresó también de sus vetustos hornos. Allí, en ella, recuerdos infantiles lo ven sentado en los pupitres de 5° grado, al lado de José Isabel Serra, Pichurro, el travieso nieto de Juana Catalana, que ahora debe estar con ella por allá. Porque Pichurro ha sido uno de los tantos que se han quedado en los caminos de tierra firme, en donde los margariteños han construido hasta su propia muerte.

Toño salió entusiasmado de su 6° grado, aunque a decir verdad, no se le notaba mucho el entusiasmo. Porque siempre ha tenido un carácter reflexivo, una risa que a menudo se queda en sonrisa y un aire como triste.

Allí, en las aulas de la vieja Olmedo, Toño fue maestro y a fe que mantuvo con altura la herencia. Allí también comenzó a escribir y más tarde lo hizo en Cumaná, en la Escuela Normal de Maestros que todavía no se llamaba “Pedro Arnal”.

En ese entonces compartimos varios años de vida, en la fraterna compañía de Bernardo Acosta. Los tres escribíamos. Los tres fuimos premiados en el Primer Concurso de la Federación de Estudiantes Normalistas de Venezuela, Seccional Cumaná, cuando aún existía el año 1948. Los tres vivíamos en Caigüire, bajo la sombra generosa de Fana y el Maestro Jorge. Estéfana de Coll y Jorge Coll, para los que no entienden. Los tres todavía éramos bastante pobres, o, por lo menos, como se decía entonces, siempre vivíamos alcanzados.

Bernardo nunca olvida —Toño ni yo tampoco— cuando nos bajaron del autobús en la salina que separa a Caigüire de Cumaná, en pleno mediodía. El pasaje costaba medio real. Y no suponíamos que ese día la limpieza era tal

que ninguno tenía para pagar el pasaje del otro. Los tres nos bajamos con una vergüenza que se nos caía en lágrimas y un profundo furor silencioso. Que era como una brasa el corazón.

Y detrás de las burlas sin culpa de los pasajeros que siguieron viaje, tres estudiantes margariteños, golpeados, con dolor pero sin amargura, siguieron ellos también, a pie, para la Escuela.

Poco tiempo después se comenzaron a dividir los caminos. Bernardo y yo nos vinimos para Caracas a proseguir estudios en la Escuela Normal “Miguel Antonio Caro”. Toño se quedó en Cumaná. Después de graduado se marchó a los campos petroleros de Oriente.

Por muchos años estuvo en la escuela de Jusepín, en donde hizo buen periodismo escolar y continuó escribiendo y leyendo, pues Toño siempre ha sido un buen lector. Un día lo trasladaron a Caripito. Y cuando allí también se acabó todo aquello, supe que la historia volvía a repetirse. Y que como lo hicieron los guayqueríes, primero, y los sucesores margariteños, después, Toño Sánchez andaba misionando enseñanza por los caños del Delta. Por la revista “Margariteñerías” me entero que está en la Isla de Guara, de la cual, como tantos venezolanos de geografía escueta, no sé ni dónde queda.



Toño Sánchez es un singular tipo de inteligencia y de destino. Como ha pasado con algunos otros de nuestros mejores —Erasmus Marcano, Maneco que es Manuel Marcano, Luis Oscar Martínez Ordaz, Chichí Indriago, Manuel Ramón Guerra, Luis José Zabala, Alberto Rojas, Pedro José Salazar— uno llega a pensar en palabras: desarraigo, aislamiento, lejanía, incomunicación. Hasta en la desolada desventura de la soledad.

Pero un día casual los encuentra en el ferry que va, en la fecha que llega, en las calles del pueblo que las hizo el Santísimo Cristo del Buen Viaje para que los hombres se encontraran y se amaran.

Pero se hace otra vez la ausencia y se deshace la presencia.



Siempre me mortifican estas cosas que debieran tener remedio. Porque no disocio la situación de angustia cultural que vive Margarita, con la de estos esfuerzos dispersos. Sí, ya sé que se hace patria. Pero la patriecita nos reclama y a lo mejor en su mejor razón, la patria es ella.



Estas reflexiones vesperales me encuentran en mi apartado alero de montaña. Hasta aquí me ha llegado la fraterna solicitud del poeta Rosaura Rosa Acosta quien me dice que la Biblioteca-Museo de Pampatar desea que mis palabras acompañen las palabras de Toño, así como mi vida también lo ha acompañado.

Ahora, como ven, el cielo tiende un paño de nubes rosadas y hace que la palabra quiera ponerse a tono con la infinita paz de esta tarde aldeana.

Escribo entonces los pasos con que acompaño a Toño en este primer libro de relatos esta primera vez. Otros libros vendrán. Así lo intuyo. La castiza expresión mesurada del escritor José Antonio Sánchez G., quién sabe qué múltiples sorpresas nos depare.

El entretanto lo llenará el afecto de cuando 1948 aún existía. Y con una terquedad de ola en futuro, sin saber de destino pero buscándolo, tres estudiantes pampatarenses que aspiraban a la pequeña gloria de ser maestros,

se encaminaban a pie hacia la escuela porque no tenían con qué pagar el autobús.

*Los Castores,
San Antonio de los Altos,
Enero de 1977.*

JUAN NICOLÁ

I

Si alguien pregunta, quién es el más sobresaliente de la ranchería de Lico Rosas, las voces de casi cien trabajadores dirían como un trueno: Juan Nicolás... sí... Juan Nicolás.

—Hombre flojo y leguleyo.

—Hablador y bocón.

—Faltador de respeto.

—¡Ah! hombre, Juan Nicolás.

Pero con todos los defectos que distintos pareceres le atribuían, Juan Nicolás era uno, entre los muy pocos de la ranchería, cuyos colmillos sucios de tabaco, como él mismo dijera, no había escupido sangre de un pescozón del amo del mandinga.

Él había crecido ahí, era verdad. Desde que su abuela, quien lo crió de huérfano, lo llevó al mandinga y le dieron cinco pesos para pagarlos con el trabajo “del muchacho medio cuchillo”, no vio otro paisaje que el que le proporcionaba el mar. Su habitación había sido la ranchería, su juventud de mandingero no le ofreció otra alternativa que la de bogar y más bogar cuando el vigía dijera “A bordo”.

Allí enamoró a Nicolasa, la muchacha más guapa de la playa cuya mara llena de sardina costaba dificultad a un hombre de fuerza levantarla. Todavía recuerda con satisfacción y hombría la primera vez que le dio un beso y que ella aceptó como sumisión a su atlético porte.

Allí nacieron sus hijos, frutos de él y Nicolasa, allí nacieron y fueron desfalleciendo todas sus ilusiones.

—Pero porque sea criado en esta ranhería desde muchacho no es motivo pa obligame a too lo que el amo quiera. ¿Hasta cuándo vamo a está ganando solamente pa pagá una cuenta que crece toos los días?

Indudablemente, que ¡ah! hombre leguleyo este Juan Nicolás...

II

En la cumbre del cerro se ve un trapo agitado por las manos de un hombre. De pronto se oye la voz de ¡a bordo! que como contagio epidémico se propaga por toda la extensión. Los mandingueros corren, comiendo el pedazo de arepa que han podido agarrar apenas y se embarcan en la piragua. Bogan con la esperanza puesta en el cardumen que el vigía ha visto, mientras que el patrón a las instrucciones recibidas desde el cerro, da gritadas órdenes: Paren, boten calón, pa tierra, y así formar un encierro al cardumen.

Cuando la piragua concluye el recorrido señalado, hay que templar las mangas para la varada. La tracción muscular lo hace, lentamente, con constancia y decisión, al fin las redes varan a la orilla la preciosa carga.

Los cálculos nunca faltan:

—SON COMO MIL ARROBAS.

—SE FUERON A BURRO.

Estos cálculos van de boca en boca de los espectadores, mientras los mandingueros trabajan duramente para llevar el pescado hasta la ranhería.

—SON COMO MIL ARROBAS.

—DE LAS QUE EL AMO DEL MANDINGA TENDRÁ UNAS QUINIENTAS. Es la ranchería donde concluye el último y definitivo acto del drama de aquel día de regocijo. Por eso hay dislocar de palabras. Inconclusas aseveraciones, mientras los pescados se deslizan unos sobre otros ocupando los distintos lugares de la amplia ranchería. En todos es satisfacción el volumen de la buena calada.

Los ojos de Lico Rosas se desorbitaban. ¿Cuántas veces ha repetido en su vida aquella escena? ¿Cuántas veces ha gritado en momentos como este? ¿Cuántas veces ha amonestado con un ¡carajo! para darle fuerza a la palabra como solía decir?

Más tarde, como en un precioso intermedio, anuncia la hacienda, que se va a repartir el pescado para comer, todos corren a apuntarse, uno para dos, porque los jureles son grandes.

—Ñolo y Sinforoso.

—Crispulo y Chumeque.

—Anacleto y José.

Pero el hecho que Juan no logra explicarse es por qué los dueños apuntan en la cuenta del pobre pescador el jurel que dan para el almuerzo, mientras ellos regalan y más regalan: a los Jefes Civiles, al Presidente tal, a los compadres, sin apuntárselos ellos. De ahí que dijera con su acostumbrado lenguaje figurado:

—GOMA PA LICO ROSAS... ¡PUNTA, PA JUAN NICOLA!

III

—¡Ah! hombre faltador de respeto este Juan Nicolás, decía con soberbia Lico Rosas—. Yo lo enseñé a trabajar, sin embargo siempre tiene una ley que sacá... siempre tiene un chisme embojotao, como si yo fuera esclavo del y no fuera él el obligao a servirme. Decime a mí que no va a corré a un muchacho que llevaba un juré robao, porque y que más se pierde en los que yo regalo a mis amistades. Yo no sé de qué lao me ha cogío, o que oracioncita me ha rezao... cuando yo tenga la vena de los Rosas alterará... ja, adiós Juan Nicolás.

Él no estaba presente pero el odio del dueño del mandinga hacía tiempo había penetrado en su corazón. Él se había propuesto muchas veces irse a Los Caños, a Maracaibo, por esos mundos de Dios, pero sus compañeros siempre le reprochaban:

—No Juan Nicolás, nos mandarán al cuartel.

—No Juan Nicolás, qué será de nuestros muchachitos.

—Qué carajo, que me manden al castillo, que se mueran los muchachos, ya yo estoy ostinao de esta vaina.

IV

La temporada continúa. Los mandingueros se entregan a remendar las redes. Los callosos dedos una vez más agarran la aguja, sostienen el molde, tiemplan el hilo. Las mentes piensan pesimistamente en la miseria del rancho, en las enfermedades, en la cuenta de avance de la temporada.

Muy oscuros y dudosos eran los términos deudores de las cuentas llevadas en la ranchería. Así uno de los mandingueros había pagado su cobija

en tres temporadas seguidas. Algunos no bajaban los veinte pesos que quedaron restando de la temporada anterior, y no faltaban quienes haciendo uso de su humorismo comentaban entre risotadas y groserías la malintencionada contabilidad de Lico Rosas.

El mar mientras tanto seguía sirviendo de espejo a las tardes dolientes, retratando al cielo, acompañando a las bandadas de alcatraces y frizando los peñascos de la costa, y de vez en cuando enseñando en sus entrañas la oscuridad de un cardumen.

La diligencia de la semana anterior se había diluido en el panorama marino. Las horas desfilaron sin apresuramiento y la quietud era inmensa por los arenales.

V

A pesar de todas las precauciones, no pudo evitar que Lico Rosas descubriera su plan de fuga. Quizás el susurro entre compañeros, el secreto que todos sabían, hizo tal delación. Por eso aquella madrugada, precisamente en la de su ida, cuando todavía la tripulación estaba acostada, lo sorprendió el amo, y con la indiferencia del que dice una cosa sin importancia, y con el cinismo del deletreo de palabra a palabra, le dice al mandingero:

—Ya sé que te vas, Juan Nicolás, pero como nadie quiere acompañarte, porque nadie se echa esa vaina conmigo, te he traído estos compañeros. (Eran dos policías, secuaces del Jefe Civil de turno.)

—Acompañen a Juan Nicolás que quiere dirse.

En grandes zancadas que daba el dueño del mandinga recorrió cientos de kilómetros circunscritos en los 300 metros cuadrados del piso de la ranchería. Más tarde prosiguió:

—Tú no me debes na... Tu cuenta la terminarás de pagá completo al coronel... Y ustedes (dirigiéndose a los demás) si quieren dirse ya, la puerta está abierta y los acompañantes dispuestos.

Los estupefactos residentes nunca habían visto a Lico Rosas más iracundo. Bufeaba, botaba espuma por la boca, como una bestia.

—Váyense, acompañen al leguleyo que quiere dirse.

Por la oscura ranchería donde anteriormente había ronquido, hubo entonces asombro. Nadie parecía escaparse a la confusión del momento. Nadie se sintió aludido por las palabras atrevidas que salían de aquellos labios. Juan Nicolás se dispuso salir, resuelto, sin decir palabras, pero locuaz. Fue entonces propicio el momento para que las voces de sus compañeros hicieran el unísono de:

¡ADIÓS, JUAN NICOLÁ!

Tan resonante saludo —despedida—, le llenó el cuerpo de horripiladores, y se sintió fuerte, poseído, acompañado, querido. Y no se exagera si se piensa que por primera vez bajaron a sus mejillas lágrimas de satisfacción. Y por la angosta vereda se perdió con aquellos malos acompañantes que lo llevaron esposado.

Más nunca, pero más nunca se oyó una voz de insurrección en la ranchería. Más nunca, pero más nunca se oyó una voz más fuerte que la de Lico Rosas, y aunque la actitud de éste siguió siendo la misma, el hombre leguleyo ya no estaba ahí, defendiendo intereses de todos, invocando la justicia.

**Primer Premio Concurso de Cuentos,
promovido por la Normal "Pedro Arnal".
Cumaná, 29 de junio de 1948.**

EL VIGÍA

Hendida en el mar, azul e inmenso, en la parte este de la bahía de Pampatar, Isla de Margarita, junto con otras puntas se halla La Caranta. En la playa el agua es cristalina, y a través de ese cristal se aprecia la urdimbre del suelo pedregoso.

La Caranta es el refugio a donde van todos los pensamientos pescadores... todos... los de la abundancia del lance y los de la tristeza de la temporada de pesca. Ella ha oído la exteriorización entusiasta, ella sabe de la ansiedad de los ojos ávidos que nada descifran en la lejanía. Desde ella se contempla el paseo de gaviotas en bandadas, juguetonas y vivaces.

Hasta la Caranta ha llegado el VIGÍA, curtido de mar, un cachimbo en la boca y un trapo en la mano:

*Sube el Vigía en el cerro
el cerro de La Caranta;
mueve el trapo, mueve, agita,
y una voz de ja bordo! surge
y se extiende por la playa.*

Ha comenzado el primer acto de la calada. El Vigía como maestro de ceremonias, anuncia con su trapo la presencia del cardumen en la costa. Instintivamente fluye la voz de ja bordo!, con el entusiasmo de un himno de lucha; el ja bordo! es un grito de guerra en la lucha del hombre con el mar.

*Los mandingueros que oyeron
y fueron por la piragua,
embarcaron la red más nueva,
echan los botes al agua,
y el ejército formado
por canaletes en marcha
va describiendo en la estela
el deseo de cada alma.*

La expectativa es grande ese día en la playa...

—Llamaron a ¡a bordo!

—Ya salió el mandinga.

—Sí hombre, va a calar el mandinga.

Y los comentarios surgen espontáneos como diciendo: “Pronto tendremos ropa, real. Al fin, Señor, te has compadecido de nuestras lamentaciones”.

*Ya va doblando la punta
la mandinguera piragua,
—Para la marcha, patrón,
que el trapo ha quedado en calma.*

La marcha de la piragua se ha paralizado, el Vigía se apresta a dirigir la calada y el patrón interpretará sus instrucciones.

*El Vigía agita el trapo
y un nuevo rumbo señala:
—Pa juera, bota calón,
y la red que cae al agua,
enreda todo el cardumen
en su fuerte telaraña.*

El mar presenta una gran oscuridad proporcionada por la aglomeración de los peces. Ya asegurado el cardumen comienza las grandes faenas para concluir felizmente la empresa.

*Los botes llevan cabullas
a la orilla de la playa,
y el grupo de los mangueros*

*con recia fuerza la halan,
mientras el mar sigue impasible
e indiferente a la hazaña.*

Halar las mangas es un proceso lento y monótono. Mientras las mangas son llevadas lentamente a la orilla, los “buzos de cabeza” desafían las profundidades despegando una y mil veces las redes incrustadas en las piedras del fondo del mar, y así poco a poco, al fin llegar a tierra.

Cuando el cardumen se aproxima, comienzan los cálculos:

—¡Son como mil arrobas!

—No hombre, serán ochocientas.

—Que va, son más de novecientas.

Porfías y más porfías, pero ellas son consecuencias del entusiasmo reinante... Y el Vigía, que ya se ha venido del cerro a la orilla, se pasea jactancioso, contemplando la repercusión de su obra. Él es el héroe, él es el actor de principal relieve en la faena.

Las horas pasan lentas, y los músculos relucen de sudor; la cuchara (mandinga pequeño) saca una parte de los peces encerrados en el lance, los primeros en llegar a la ranchería.

Tornar a la ranchería sobre el primer bote de pescado es para el mandingero lo que para un conquistador la primera carroza anunciadora del triunfo, y más aún, es un tesoro que debe defenderse a toda costa de los asaltantes zabullidores.

Llega el pescado a la ranhería y la tensión nerviosa se amplifica en los rostros que se muestran más rígidos e insensibles.

—Pescador no conoce cuando tiene pescado —dicen los presentes.

Un entusiasmo enloquecedor se hace presente en la ranhería, en ella bullen miles de comentarios...

Atrás queda La Caranta, sola, hendida en el mar... y de nuevo de visita EL VIGÍA, con sus ojos ávidos de horizontes, interrogando al mar.

**Caripito, 16 de junio de 1953.
Publicado en la Revista "Surcos"
junio de 1953 - Maturín.**

**MANDINGUEROS
Y TEJEDORES**

I

La tarde lentamente cae sobre la playa, y el sol con su languidecer hace pintoresca la tranquilidad del mar. Porque el mar en esta tarde es apacible aunque las olas abracen a las rocas y aunque la espuma se derrame impaciente sobre la arena.

En la estacada, la red pende, reseca, mostrando el desgarre que le hicieron los ciriales y las algas marinas el día de la calada. Más allá, en el tendedero, los pescados se secan sobre las piedras calientes. Dos días antes estos mismos pescados formaban un cardumen; solamente dos días antes y sin embargo cuán lejos parece el día de la calada.

Los mandingueros tornan a la playa; en grupos, arruman el pescado en la ranchería, recogen la red doblándola en el fondo de la piragua y remiendan las mangas rotas el día del lance. El patrón toma iniciativa en todas las conversaciones:

—Si nosotros calamos tal cual como yo pensé, no se rompe tanto el mandinga.

—No hombre, si se rompe, porque hay mucho ciriales.

—Que va, insiste el curtido pescador, ese mandinga, se rompió tanto porque se templó mucho la manga derecha; si se da más chance a los buzos del ramal para ir despegando los plomos y se tiembla poco a poco, se hace la calada mucho mejor.

Los oyentes asienten con la cabeza y el patrón con la última explicación en los labios avanza hasta donde están haciendo el arrumaje en la ranchería. Los jureles han sido colocados uno encima de otro, luego se cubre con un

encerado previendo la lluvia que perjudicaría en extremo su acondicionamiento.

—Ya este pescado con dos días más de sol, lo tendremos listo. Hay que tener preparado el mandinga grande, porque en estas lunas que hacen ahora, mataremos pescado en la menor oportunidad.

Y mientras el trajín se hace insistente compartiendo todos los sucesos, las huellas de los pies descalzos, semejan en la arena el paso de una concurrida caravana.

Los tejedores siguen rutinariamente esa monotonía de hacer mallas nuevas a las redes rotas que han cernido el mar. Y mientras tejen, sus mentes vagan y sus pensamientos conciben proyectos que nunca solidifican, porque todos estos proyectos son como la arena endurecida por las lloviznas en la madrugada, que al menor roce vuelve a romperse.

II

El mar es amplio y generoso, es verdad, pero cuan restringido para el simple trabajador de mandinga, por eso mientras la aguja anuda la malla una y mil veces, y a medida que el dedo pulgar del pie, reseco, tiembla la red como flexible telar, el hombre, pensativo, cavila en el cuadro desgarrador de su tragedia.

Filomeno, el tejedor más joven de la ranchería habla para sí, como si deshojara el álbum de su vida, y comienza:

“El mes pasado el dueño del mandinga repartió a cada uno de nosotros medio almudo de maíz y todas las semanas nos da dos pesos para la comida, para pagarlo con trabajo... y desde hacía dos meses no calábamos.”

La brisa sopla de sudeste con una delicadeza que acaricia las caras de los pescadores.

“La otra semana calamos en Punta Cangrejo y tuvimos que levantar la manga porque habían muchos pejes bravos encerrados y destrozaban el mandinga.”

Las bandadas de pájaros se retiran hacia el farallón más próximo.

“La otra noche se caló una ardentía y el cardumen no pudo llevarse a tierra porque se salieron antes de arribar a la playa.”

Un pájaro bobo, como señor feudal de las aguas, se jacta en permanecer presenciando el espejo transparente de la tarde.

“De mayo a esta parte no ha habido sino un lance, este de jurel, de mil arrobas... Y seguramente será para pagarle al dueño todo lo que le debemos.”

Filomeno después piensa en lo que debe de medicinas a la botica, y en los dos pesos y medio que le prestó el compadre para ir casa del médico, con el último de sus hijos, retoños de él y Sinforosa.

Luego piensa en Perucho, el de la bodega, que fía el café y papelón todos los días y que también se alegró mucho cuando caló el mandinga. Y repite para sí: “Si siempre hubieran lances, si el mandinga calara, aunque fuera cada ocho días, aunque fuera poca cosa”; y abandonando momentáneamente el tejido, quiere buscar por el verdor del mar la panacea de su impaciencia, y no ven sus ojos sino las blancas velas de las lanchas pescadoras que regresan al puerto a esperar la madrugada para la iniciación de la nueva faena. “Si el mandinga siempre calara”. Aunque él tejiera muchas redes rotas, aunque tuviera todas las tardes que remendar hasta el anochecer, aunque se cansara su nuca, y le doliera la cintura... él sería muy feliz.

En cambio, Jacinto, el tejedor más viejo de la ranhería, que lleva veinte años trabajando con los Fuentes, teje sin meditar... ¿Para qué...? ha dicho más de una vez.

**Caripito, septiembre de 1953.
Publicado en la Revista "Surcos"
septiembre de 1953 - Maturín.**

LA TIERRUCA

Levantó la tinaja grande que puso en la cabeza, y se fue por la orilla de la playa hasta la alcantarilla del pueblo. Los talones reseco hoyaban la arena caliente de los barrancos, mientras la soledad se apoderaba de la rada, y las doce meridium la hacía intraficable.

La mujer era alta, delgada y más que delgada huesuda. De sus labios salía un fuerte olor a tabaco y entre sus dientes, pocos y ralos, dejábase entrever pedazos de la arepa amarilla con que tomó el primer café del día.

Caminaba Domitila, encorvada por los años, con su tinaja en la cabeza, en busca de agua hasta la única alcantarilla del pueblo. Cuantas veces hacía ese mismo recorrido, desde su rancho, por la playa, hoyando la arena que sofrena al mar.

Domitila tiene dos hijos, varones, como Dios se los dio. Todos dos están fuera de la isla, uno en La Guaira, a donde se fue a trabajar desde hace 5 años y otro se lo llevó una recluta y nunca más se supo de él. Por eso la gente no le dice: TUS HIJOS, DOMITILA, sino “TU HIJO QUE ESTA EN LA GUAIRA”.

II

En las noches tranquilas, cuando la luna platea la inmensidad del mar, y los bancos de arena se ven plomizos, a su mente llegan lentamente los recuerdos del pasado. Pablo, su hijo, una vez la quiso sacar para siempre de la playa solitaria para que fuera a pasar los últimos días al lado de él.

Cuando se dispuso llevarla, Domitila exteriorizó una atroz melancolía, pero al fin, así lo quería su hijo... Aquella tarde se embarcó en un vapor, grande como una ciudad, firme, no se movía. Por última vez echó una mirada a la playa, su playa, y se resigna a abandonarla trajinando el verdor del mar. Pablo se sentía entusiasmado, sin darse cuenta del sacrificio de la despedida.

Dos días duró aquel viaje de Margarita a La Guaira. Un viaje feliz a pesar de las olas encrespadas en Cabo Codera el miércoles por la tarde.

Llegaron al puerto, y con asombro comprobó una costa distinta: un montón de barcos apretados, y un cerro lleno de casas que parecían juguetes... todo muy distinto a su playa, a su rancho, a los cerros sin casas de su isla.

—AHORA ESTAS EN TU CASA, le dijeron.

Ella se encontró en un mundo distinto... Viendo todo eléctrico: luz, cocina, planchas, recordó su fogón en tres piedras donde calentaba el maíz y nunca se pasaba de candela, su lámpara de kerosén donde también encendía el tabaco... su anafe de barro.

No necesitaba buscar agua en grandes caminadas, porque la había en abundancia en la habitación que le dio el hijo... Desde ahora su vida se iba a concretar a descansar, a permanecer sentada, rodeada de los nietos, y contemplando el nuevo ambiente que tenía por delante.

¿VERDAD MAMÁ QUE SE SIENTE BIEN?

Ella asentaba fingiendo una complacencia que no sentía.

Pero el mal de ausencia no se hizo esperar... en las tardes, cuando veía el mar, se acordaba de su pueblo... ¡Qué lejos se hallaba...! Ya no volvería a oír la voz de ¡a bordo! del mandinga... Y entonces fluía a su mente el paisaje lejano de la isla.

III

—¿SABES QUIÉN VINO HOY...? ¡DOMITILA!

—¿DOMITILA?

—SI HOMBRE... El hijo la mandó porque notó que la vieja se le iba a morir de tristeza... Ya ni quería comer muchas veces y hubo quien le aconsejara que esa mujer estaba ya acostumbrada a su rancho, a hacer ella misma sus oficios.

—LA POBRE, VOLVIÓ CUANDO NADIE ESPERABA.

Y el comentario fue general cuando la vieron de nuevo por la playa, recorriendo con la vista el lugar, como quien quiere encontrar algo más de lo que dejó durante su ausencia.

—DOMITILA, MUJER, TÚ HAS DEBIDO QUEDARTE DONDE ESTÁ TU HIJO, ALLÁ EN LA GUAIRA, ALLÁ DONDE TIENES TODAS TUS COMODIDADES.

Pero ella ni contesta... El agua escasea y tiene que caminar de nuevo con la tinaja grande en la cabeza, por la arena caliente hasta la Alcantarilla, la única del pueblo.

**Caripito, julio de 1953.
Publicado en la Revista "Surcos"
julio de 1953 - Maturín.**

EL ENCANTO

Afuera llovía. Las quebradas habían salido todas. Las acequias de las plantaciones, llenas de agua, desembocaban en los muros de piedras de los platanales. La puerta del rancho se estremece de momento a momento porque la brisa no solamente es silbido sino fuerza. El perro ladra y embiste con furor ante el ruido que ella produce.

El rancho se mantenía en penumbra; hacia un rincón la vela, que languidecía con tristeza, mostraba abultados y derretidos contornos. Desde la noche anterior, en la puerta del patio, la lámpara de carburo resistía y vencía el azote del ventisquero.

Eusebio Castro mientras tanto permanecía impasible, como una estatua, como un demente, ensimismado. Los faciales de su cara estaban derrotados. Nunca pensó que su vida jolgórica y trotamunda tendría aquel ocaso de tristeza.

Cinco años atrás, Prisca su mujer lo había abandonado. La historia cínica, todos la supieron, pero nadie la comentó. En honor al hombre bueno y virtuoso, los vecinos y amigos callaron, la condenaron, la repudiaron y la expulsaron de sus corazones, porque ellos sabían lo que había sido Eusebio Castro para con su hijo. De aquí que todos lo compadecían:

—¿Bien le ha podío al compae Usebio la muerte del muchacho?

—Y a quién no le siente un hijo tan sabio como ese?

—Verdaderamente, una esperanza.

Y mientras la conversación se iba extendiendo en la noche del velorio la lluvia seguía bañando a los bananeros, únicos seres que parecían sonreír en el conuco aquel día de muerte.

En opinión de los vecinos el entierro había sido una manifestación de duelo y de cariño. La expresión de condolencia fluía con espontaneidad como las flores silvestres en las empalizadas.

Francisco Bello, el carpintero, se había esmerado en hacer la urna, Luis Piñango, la sepultura, y Matilde comentaba a los presentes las ocurrencias de su ahijado muerto, mientras Juan Manuel repetía con solemnidad: SE MURIÓ UN AMIGO DE MI HIJO.

II

Para cualquier conterráneo, El Encanto era por demás conocido. Un pequeño fundo o conuco concebido con cariño y amor a la tierra. De entre muchas hondonadas surgía una pequeña colina que la visión hasta poética de Eusebio escogió para situar el rancho donde viviría. Era aquello su montículo o mejor dicho su sitio de mando desde donde se podía divisar el mar, muy lejano pero perceptible, además de las diversas tonalidades de verde de las montañas vecinas.

Eusebio cuando lo adquirió sembró muchos bananeros, pero dejó los ciruelos y las yucas que Manuel García, antecesor de él en esas tierras, había ya sembrado. De manera que con los frutales de los alrededores, que simétricamente estaban equidistantes, parecía todo a pedido de boca.

Las cosechas se sucedían. Con el aprovechamiento de las aguas vecinas era propicio un riego permanentemente para tomates y ajíes que nunca faltaban. Bien puesto tenía su nombre: EL ENCANTO, y eso era para él. De sol a sol no había mejor habitabilidad a gusto que la faena que se había propuesto realizar... Por eso pareció pesadumbroso ver en aquella madrugada ardiendo aquel rancho, aunque se pudo comprobar que intencionalmente se

había prendido fuego a la troje para que sirviera de antorcha en la noche fatal, y que Eusebio Castro no había perecido.

Después aquello se sintió abandonado. Los ciruelos se despojaron de sus hojas una y mil veces; los bananeros encorvaron su tallo sin que nadie los socorriera, los troncos de los árboles entablaron convivencia con las malezas, las culebras poblaron intrincados matorrales, la mula se posesionó con libertad de las zonas que anteriormente tuvo prohibidas y el perro desapareció.

Y ese bosque heterogéneo de sus pertenencias, igual que sus ilusiones se confundió en una masa, un cúmulo, una deformidad.

III

Por vivencia infantil conocí la última parte de la historia de Eufemio Castro, de tanto comentarse entre los concurrentes a todas partes, mecánicamente supe que pasado muchos años, y ya casi nadie se acordaba de él, en un preciso día, cuando el pueblo estaba engalanado por el velorio de cruz, apareció entre la gente, sin que nadie lo esperara. Venía, con la faz saturada del salitre del camino. La piel reseca. La barba abandonada como de varios días sin afeitarse. Llegó sutilmente sin conocer a nadie, pero todos le conocieron, y en voz baja se habló de él.

—Ese es Eusebio Castro.

—¿Al que dejó la Prisca?

—Sí, el mismo.

—¿Al que se le murió el muchachito?

—Sí, el mismo.

—¿El que quemó el rancho?

—Sí, el mismo.

Cada minuto que pasaba era de asombro y de superstición para los presentes, y hasta recordando sus buenos tiempos de cantador, aquellos famosos velorios en los que solía contrapuntarse con Chico Silva y Luis Salcedo, pensaron en oír sus trovas. Pero él no quería... por eso se le vio salir, en el momento que Jesús Centeno saludaba a la cruz. Su paso era dudoso, como mismo llegó. No pronunció palabras.

La vereda se extendía a su paso, las voces de los presentes hicieron de nuevo murmullo de asombro:

¡Eusebio Castro..! ¡EUSEBIO CASTRO...! ¡EUSEBIO CASTRO!

Al día siguiente, cuando el sol no daba sombra, a las doce del día, fue hallado su cuerpo inerte, en la cumbre del cerro, en el mismo lugar donde años atrás había tenido su rancho. Lo había traído la muerte.

Y de aquella historia que concluyó ahí, sólo Vicente dice todavía:
—BIEN LE PUDO AL COMPAE USEBIO, LA MUERTE DEL MUCHACHO?

**UN RELATO DE
NAVIDAD**

I

Si hubiera pensado descansar y se sienta, al extender la mirada de exploración panorámica, la ciudad encendida en la lejanía hubiera desfilado ante sí, con sus líneas paralelas, rectas o semicirculares de calles y avenidas circunscritas en los puntos suspensivos de las bujías. Pero no... descendió la hondonada con ansiedad. Diríase que su precipitación obedecía a algo interior que impulsaba el torbellino de llegar, de llegar rápido, al lugar que veía desde lejos o que más bien se presentía por el titilar de las luces.

La ciudad estaba alegre. En rebotante algarabía se vislumbraba que en aquella noche todos aportaban su cuota de gozo y felicidad. Por doquiera el retumbar de fuegos artificiales certificaban tal aseveración. La luminotécnica en la noche, hacía de los aires, pergamino escrito con trazos de decoración pomposa.

Pensó que estaba transportado a uno de esos relatos que la fantasía describe para la imaginación infantil. Dudó de lo que sus ojos veían tan de cerca, pero no tenía por qué. Pudo comprobar entonces cómo había llegado a la más hermosa urbe, nunca mejor presentida en sus ilusiones, ni tan lujosamente concebida en sus pensamientos. Y recordó lo que su madre decía: *De las ciudades grandes, de altos edificios, donde la luna parece avergonzada de su luz al competir con potentes focos de mercurio. Las ciudades donde la Navidad es una comunión de sentimientos que enaltece a las almas haciéndolas felices. Donde hay quienes esperan nuevos regalos a pesar de todos los recibidos durante el año. Donde también hay los que no quieren dormirse esperando lo que el Niño Jesús bueno dejó junto a sus zapatos, y otros en cambio que duermen plácidamente sin pensar en nada, perdida toda esperanza.*

Pensó en su madre cuando en su mente se fusionaba todo aquello. Y creyó que acertaba encontrar en el panorama a su vista la aseveración de

todas sus presunciones. La ciudad mientras tanto jugaba la ruleta loca de lo multicolor.

Cuando las horas acercaban el momento sublime de la NATIVIDAD, esperó con impaciencia ver la llegada del Niño Jesús cargado con su caudal de regalos para unos, y quizás de un poco de olvido para otros.

Lo idealizaba deslizándose por una calle sinuosa y oscura por donde seguramente se descendería del cielo. Por eso cuando la campana del reloj de la catedral sonó por décima segunda vez, haciendo el anuncio de lo esperado, los horripiladores de su cuerpo, su sencillo cuerpo, le advirtieron que no soñaba. Se sintió entonces hasta feliz de que todo fuera realidad.

II

El alba enmudecía en silencio. Dubitativamente fueron cerrándose los postigos de los ventanales, y las puertas que otrora dejaban escapar música y alborozo, cancelaron todos sus motivos... Se halló solo de pronto. Hasta aquel impulso de llegar a la ciudad lo había abandonado.

La inmensidad del silencio se hizo extensivo hasta todo lo que lo rodeaba... Se percató entonces que la ciudad dormía, y comprendió que debía regresar, a la cumbre, a la vega, por el camino al rancho, en el rancho al chinchorro. Aquel regreso era con inconformidad... No había sentido la satisfacción de culminar su angustia con un regocijo. Recordó una vez más a su madre en medio de aquella agobiante situación.

Se sintió muy cansado, quizás en su ser se aunaban la fatiga del camino y de la insatisfacción. Buscó con decisión una de las tantas piedras de los alrededores y se sentó, pero aquello era poco alivio. Una mirada hacia atrás le confirmó por las luces titilantes, que la ciudad había quedado lejos.

Entonces su mirada inquisitiva la ve una vez más, como el que mira un pasado y exterioriza en una sonrisa inconclusa la mueca de conformidad y de derrota.

El frío de la madrugada mutila sus músculos y cierra sus ojos con pesados párpados. Las hierbas del derredor le proporcionan un mullido lecho. Era indudablemente una propicia morada navideña.

Y cuando los transeúntes pasaban por el paraje con la innovación de los primeros rayos del sol, lo observaban con ingenuidad. Mientras él, quizás soñaba, como si su vida no hubiera sido eternamente la inconformidad hecha sueño.

LA OTRA ORILLA

I

Sus ojos se impregnaron de lejanías, y poco a poco apareció a su vista la indecisa costa, gris en lontananza. La balandra se empeñaba desgarrar el mar, y la brisa, bastante fuerte en ese atardecer, aceleraba la llegada al puerto. La tarde desaparecía lentamente, para que los luceros tuvieran la oportunidad de bordar el cielo con su intermitente luz.

Su experiencia de viejo lobo de mar le hacía más consciente el regreso. Sí... podía hasta detallar la ruta seguida en esos momentos, sin temor a equivocarse.

—ESTA ES PUNTA BRAVA... (se dijo)... CON EL VIENTO NORESTE QUE LLEVAMOS, NECESITAMOS MUCHOS BORDOS PARA ENTRAR AL PUERTO.

Veintisiete años atrás, él, aún muy joven, botón cerrado, había abandonado el lugar. Iba al encuentro del Petróleo. Eran los tiempos de cuando constituía una hazaña cruzar el SACO DE MARACAIBO... Muy pocas embarcaciones hacían ese recorrido, y atreverse a tanto, acreditaba gran reconocimiento para el osado Capitán de la embarcación. Él fue del grupo donde viajaron Eduvigis y Joaquín Mata, Sixto Cazorla y Luis Padilla, los primeros en decidirse a ir a la tierra del Petróleo. Toda una generación fluyó al Zulia entonces, y siempre cada mes de septiembre o diciembre, regresaban algunos, menos Jacinto Franco, que se fue habituando al vivir de los campos petroleros, y al parecer, permanecía impaciente al discurrir de los años.

Uno a uno se fueron deshojando sus seres queridos. Primero su padre, muy anciano se cansó de ver el mar por donde el hijo no retornaba. Después... su madre también falleció arrojada en atroz melancolía. A todos estos tristes acontecimientos, la gente del pueblo comentaba insistentemente:

—¿PERO COMO EL HIJO NO VIENE?

Y no faltaron los videntes que aseguraban que al faltarle seres tan queridos, no volvería a verse en el pueblo a Jacinto Franco.

La balandra dá un último y prolongado bordo, embiste una vez más las encrespadas olas de Punta Brava, entrando definitivamente a la bahía. Poco a poco fue parando la marcha... El ancla fue echada por encima de la borda al encuentro de la fangosa arena, y el escobén cruge al roce de los eslabones de la oxidada cadena.

El paisaje de la tarde se ha esfumado. La oscuridad tapiza cobardemente el panorama costanero. La ausencia de la luna se acentúa. Son ya las doce de la noche. El pensamiento se hace presuntuoso.

Hubiera preferido llegar al amanecer para la satisfacción rápida del ansia de ver de nuevo a su tierra, a su gente. ¿Pero qué iba a hacer? ¡Si así lo había querido Punta Brava aquella tarde! Una vez más reconocía cuán desesperante era bordejar aquella punta inyectada al mar.

Con su cobija de balleta, como lo hiciera en los Caños cuando era pinche del falucho “Luchador”, fue a acostarse a la proa, tratando de dormir mientras la mañana aclaraba. No podía conciliar el sueño... Era imposible... Su cerebro insomne prefería más bien ensayar, digamos así, el drama de la llegada al terruño, a su gente, a sí mismo.

Y no sólo mentalmente, sino con recia voz, como quien se desahoga de un esfuerzo agobiador comenta con exteriorizada alegría: “Cuando me tropiece con ellos, los primeros conocidos, les diré: *Señores, no sean impacientes, no había vuelto antes, pero no pensaba quedarme, sino volver como hoy... y aquí me tienen*”. (Mentira Jacinto Franco, parecía decirle al sub-conciente, tú mismo no sabes por qué no habías vuelto, ni por qué regresas ahora.)

Seguidamente se entrecortaron las palabras con un cúmulo de vivencias y recuerdos, en: los velorios de cruz con los contrapunteos de Nicomedes y Gacho, el ponsigué pascual, el sancocho robado, las diversiones; y recordó a Pánfilo Suniaga con lo mejor de sus palabras:

—¡Ah! paisano bueno y servicial. Nadie mentaba su apellido ni su dirección, pero todos al oír la Bodega de Pánfilo, derechito llegaba. Que regocijo va a sentir Pánfilo cuando oiga de mis labios:

—¡Ah! Pánfilo... más filo... que pan... Seguro que dirá: “Este Jacinto el mismo, ni los años lo hacen cambiar”.

La madrugada parecía extasiada ante sus palabras, la brisa se había dormido a lo largo del puerto.

Recordó entonces a Tranquilina con la picardía de sus observaciones juveniles:

—¿Y Tranquilina? qué será de Tranquilina. ¿Siempre se sentará a la puerta hasta altas horas de la noche? a lo mejor no... debe estar muy vieja Tranquilina. Si yo tengo ya cuarenta y nueve años y ella era una mujer cuarentona cuando yo, muchacho buscaba agua en la pila de la plaza. Debe estar mordiendo los ochenta.

Bien fiscona era Tranquilina, según el decir de los vecinos. Con su carita de virgen que asomaba por entre el trapo de la cabeza se imponía de todas las conversaciones.

Y Jacinto concluyó con esta lamentación:

—¡Cómo he ignorado las últimas hazañas de estos años, Tranquilina!

Indudablemente que aún en él pendía un último verso capilar de ensueños y remembranzas.



A los primeros rayos del sol, vio como el camino había conquistado la montaña, aquella virgen montaña de sus años de niño; y como cinta plateada la dividía más y más, ciñéndola, y destruyendo su inicial libertad. La rada estaba allí, palpitante, pero poblada de extrañeza, débil el empuje de las olas ante muros nuevos y consistentes, el mar había simplificado su espuma y su voz, los pájaros marinos desistieron del convivir recientemente. Todo se presentaba distinto a sus ojos, todo difería a las presunciones de la noche de la llegada.

Este era su regreso, disco vertiginoso en espacio breve, conformidad de lo estático, simetría en lo habitual y en lo humano, que chocaba con los aluviones de la realidad, y aunque no llegaba a la desesperación de llamar a la muerte para aplastar el fracaso de su esperanza, dudó por momento que hubiera alguien capaz de comprender entre la gente nueva, de nuevos dedos y tentáculos, su angustiosa apreciación.

Vino entonces a él una nueva imagen de los brotes tiernos de la vida, y en aquel capilar pendiente surgió nuevos deseos, y se sintió flor mariposa, caracol. Su cara había perdido los contornos, se fundieron sus ojos inmensos, pero no estaba alucinado... Era la fiebre absorta de su gran resurrección espiritual.

Echó la pierna por encima de la borda a la lancha que estaba al costado esperándolo, y salieron hacia la orilla... La OTRA ORILLA que lo había visto partir y que ahora lo tenía de regreso.

**Ganador del Primer Premio del Concurso
de Cuentos “Vicente Fuentes” de la Casa
de la Cultura “Monseñor Nicolás E. Navarro”
de La Asunción, 1975.**

Este libro, RELATOS EN EL CAMINO,
de José Antonio Sánchez
ediciones de la Biblioteca-Museo de Pampatar
bajo la dirección de Rosauro Rosa Acosta,
se terminó de imprimir en las prensas
de Editorial Texto, en Caracas, el
día de San José, 19 de marzo de 1977.
La edición estuvo al cuidado de Efraín Subero
y Maximiliano Ferrera.

portada / edgar longart



BIBLIOTECA - MUSEO DE PAMPATAR

ISLA DE MARGARITA

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Noviembre de 2024